

bierno en el correo de Andalucía, con dirección á Santa Cruz de Mudela, á fin de acompañar al Rey en su viaje de vuelta.

Se había dicho que los liberales querían bajar en gran número á la estación á despedir al Presidente; pero ni para ello hubo previo acuerdo, ni nadie fué invitado.

A pesar de esto, media hora antes de la salida del tren comenzaron á afluir á la estación muchos liberales conocidos.

Al poco tiempo estaban allí casi todos los ex Ministros y la plana mayor del partido, dando al acto un carácter de verdadera manifestación.

La concurrencia, al partir el tren, vitoreó al Conde, oyéndose repetidas veces:

—¡Viva el Rey!

—¡Viva el partido liberal!

La Prensa ante la crisis.—Era muy viva la campaña que los periódicos hacían—cada cual en su dirección—acerca de la situación política.

La Epoca continuaba considerando imposible la continuación de los liberales en el Poder; *El Imparcial* anunciaba los grandes servicios prestados por el partido liberal; los periódicos republicanos combatían rudamente la vuelta de los conservadores; el *A B C* publicó un artículo en favor de éstos, justificando su conducta en los sucesos de la semana sangrienta, y *La Correspondencia de España*, con la firma de «Juan de Aragón», publicó uno muy notable, diciendo que lo que debían hacer los partidos monárquicos era «no hacer al Rey juez supremo de sus pleitos políticos, pleitos de los cuales debe inhibirse la Corona, diciendo con toda claridad á los litigantes:—¡El Parlamento está aún vivo. Reunidlo, discutid; agrupaos como podáis, llevad á él vuestras diferencias, votad uniéndoos todos los afines, y cuando me hayáis dado públicos y solemnes testimonios *del hecho*, traedme el veredicto, que yo fallaré en Derecho; pero no traigáis á mi Cámara problemas que no me incumben, porque yo ni entronizo políticas, ni hago otra cosa que aplicar la Constitución cuando surgen conflictos entre el Gobierno y el Parlamento!»

Al día siguiente publicó otro artículo, también muy notable, preconizando la política de paz y concordia.

La Buena Prensa.—Era opinión corriente que sólo la prensa ultraradical era la que empleaba un lenguaje violento y agresivo al combatir á sus contrarios. No eran solos.

La Trinchera, periódico carlista de Barcelona, que rifaba pistolas Browning entre sus correligionarios, publicó este suelto:

«¡POR ÚLTIMA VEZ!—En anteriores ediciones, hemos venido ocupándonos de la campaña asquerosa é inicua que contra nuestros ideales hace tiempo sostiene ese mal nacido que se llama Nakens.

»Hemos dicho ya cuanto teníamos que decir, y conforme suponíamos, ese cobarde, ese sinvergüenza sigue en su actitud irritante y provechosa.

»Entendemos, pues, que ha llegado la hora de dejar en reposo la pluma, para que quien tenga vergüenza cumpla con su deber.

»*Por última vez* nos dirigimos á ese canalla, á ese degenerado, á ese hampón, para comunicarle: ó á callar ó á dar la cara. La hombría no se sostiene sólo desde el periódico, sino frente á frente.

»Calumniar, vejar á unos hombres y luego esconderse, es equipararse á las mujerzuelas que desde un balcón presumen de ineducadas.

»*Por última vez* vertemos sobre él todos nuestros insultos, ciscándonos en su chulapería y en la de todos los suyos.

»*Por última vez* exigimos que se tape la boca á ese vividor infame, á ese amparador de asesinos, á ese viejo indigno de toda consideración.

»*Por última vez* hablamos ya de Nakens vivo.

»¡*Por última vez!*»

DIA 29. —Contra los conservadores.—Mítines radicales.—Conforme habían anunciado, los radicales hacían una campaña rudísima, contra la vuelta de los conservadores.

En Barcelona habían celebrado un mitin violento, y en Zaragoza celebraron otro en esta fecha, en el cual, después de hablar con gran energía los Sres. Albornoz, Iglesias (D. Emiliano), Santa Cruz y Salillas, usó de la palabra el Sr. Lerroux, diciendo que el partido radical se proponía avisar al Poder moderador del estado de conciencia del país.

«Cuando el partido conservador —añadió el orador— cayó en manos de Maura, avanzó en su sistema de gobierno con una política sanguinaria, jamás padecida en España.

»Condenamos á los conservadores por su falta de sinceridad para rectificar y enmendar los errores que deshonraron á España ante el universo.

»Pero aun suponiendo el absurdo de que Maura y La Cierva hubieran rectificado, nada ha ocurrido para que de repente se imponga su vuelta al Poder.

»Si los conservadores volviesen á gobernar, esa crisis sería la crisis del hambre del partido conservador.

»Tememos la vuelta de los conservadores, no por los radicales, sino por el prestigio de España.

»Como esa vuelta sería una amenaza á la opinión, nosotros ejercitaríamos el derecho de protesta, sin vacilar, en defensa de nuestros ideales.

»Y es absolutamente imposible la vida de un Gobierno que tenga que empezar sus funciones encarcelando y desterrando á los ciudadanos.

»Si en el momento supremo un grupo de hombres protesta, á él nos uniremos.

»Si quedo solo, moriré en el ridículo; si se me secunda, moriré cumpliendo mi misión.» (*Gran ovación.*)

Terminado su discurso, el Sr. Lerroux leyó las mismas conclusiones del mitin de Barcelona contra la vuelta de los conservadores, que fueron aplaudidísimas.

DIA 30.—La víspera de la crisis.—Se había llegado al rojo blanco, en esto de comentar con febril entusiasmo lo relativo á la crisis. Jamás despertó asun-

to semejante un interés tan grande y una expectación tan vehemente.

Las fotografías de «A B C».—A la intencionada caricatura que el día 28 había publicado *A B C*, sucedió otra mucho más intencionada contra los liberales.

Consistía ésta en representar la salida del Conde de Romanones, para Santa Cruz de Mudela, apareciendo—como por encanto—al frente de los personajes que fueron á despedirle, una fila de individuos desarrapados, verdaderos golfos, de esos que pululan por diversos sitios de la capital.

Como eso no era cierto, los liberales se indignaron mucho ante la que llamaron indigna superchería, y recordaron la famosa fotografía que publicó el *Nuevo Mundo*, en la cual aparecía el Rey apoyado como buscando sostén en el Sr. Maura, y que, como la actual, se vió que era amañada, pues las cosas no habían pasado así.

La situación política.—Amaneció el día sin que los políticos supieran lo que iba á suceder.

La confusión, el desconcierto, las noticias contradictorias excedieron en obscuridad, en número y en calibre á todo lo de los días pasados.

Liberales, entre ellos algunos ex Ministros y personajes de importancia, asegurando que continuaría la situación liberal. Otros ex Ministros y Diputados y Senadores del mismo partido, afirmando lo contrario, á saber, que entrarían los conservadores.

Entre éstos, igual incertidumbre, idénticas diferencias de opinión y dudas iguales.

Así transcurrió el día, afirmando y negando los unos y los otros.

Apuestas á favor del Conde de Romanones, del señor Moret, del Sr. Maura; discusiones acaloradas en defensa del criterio ó de la impresión de cada uno.

—El Sr. Montero Ríos asegura que seguirá en el Poder el Conde de Romanones, aunque por poco tiempo.

—El Sr. Moret cree firmemente que mañana será Gobierno el Sr. Maura.

—El Sr. Dato dijo esta mañana que, por ahora, no vienen los conservadores.

De estas frases, atribuidas á los prohombres políticos, hubo en el Congreso por centenares y para todos los gustos.

A las diez de la noche regresó D. Alfonso á Madrid.

Con el Monarca volvió también el Presidente del Consejo Sr. Conde de Romanones.

Don Alfonso marchó seguidamente á Palacio, y el Conde de Romanones, á su domicilio.

En cuanto quedó solo, llamó por teléfono al Sr. Conde de Sagasta, con el cual conferenció largo rato, planeando lo que al día siguiente había de hacer, para la solución de la crisis.

Ultimátum de «La Epoca».—El órgano conservador terminaba su campaña en pro de la vuelta de su partido al Poder, con el siguiente artículo, que tenía todos los caracteres de un *ultimátum*:

«El Sr. Maura se ha levantado en el Congreso, en tres ocasiones memorables, á denunciar la gravedad de la situación y á declinar la responsabilidad de las consecuencias á que puede dar lugar, y nosotros, modestamente, pero seguros de interpretar el pensamiento de los conservadores de toda España, hemos dicho cuanto debíamos decir, cuanto era preciso que dijéramos. El partido conservador ha cumplido, una vez más, con su deber, con lo que le imponían su patriotismo y su incondicional adhesión á las instituciones. Ahora sólo le toca esperar la solución de la crisis confiando en la sabiduría de la Corona.

»¿Que acudimos al Trono? Pues es claro; porque el Rey no es, dentro del régimen en que vivimos, una mera figura decorativa; porque el Rey tiene sus atribuciones propias con arreglo á la Constitución; porque la substantividad del Poder moderador es reconocida y proclamada por tratadistas de la extrema izquierda; porque aquí no se trata de una crisis parlamentaria, y porque, entre nosotros, con las costumbres electorales de nuestros adversarios, proclamar el predominio absoluto del

Parlamento, sobre ser contrario al régimen, equivaldría á sancionar el predominio de todos los egoísmos del partido. Además, ¿pidieron su voto al Parlamento los liberales en 1909? ¿Esperaron á que el Gobierno fuese derrotado? ¿No dijo el Sr. Moret que, á pesar de la mayoría parlamentaria, el partido conservador no debía continuar ni una hora más en el Poder?

»Acudimos al Trono y esperamos confiados.

»Nosotros no repetimos, no podemos repetir el final de aquella famosa frase de un ilustre político español: «El mal es grave; el remedio urge; ahora ó nunca», y menos hemos de repetir, cualesquiera que sean las circunstancias, otra frase, también famosa, tristemente famosa, de un insigne político francés; porque nosotros somos los incondicionales de siempre, los que siempre estamos dispuestos á servir á la Patria y al Rey, los que nunca consideran que es demasiado tarde para el sacrificio. Pero sí hemos de confesar que si no es ahora, no sabremos ya decir cuándo deberá ser, porque no podremos adivinar qué será preciso que ocurra para que se llame al Poder al partido conservador.»

DIA 31.—Desarrollo y solución de la crisis.—

Llegó, por fin, en esta fecha la solución del problema político que venía planteado desde la trágica muerte del Sr. Canalejas.

La que ocurrió públicamente, y á la vista de todo el mundo fué lo que sigue, tal como lo relató en *El Imparcial* su redactor político D. Darío Pérez.

«A las once menos veinte acudió á Palacio el Jefe del Gobierno.

»Los periodistas observaron que su semblante revelaba gran satisfacción. Le preguntaron si iba á plantear la cuestión de confianza.

—»Sí; vengo á plantear la cuestión de confianza—contestó.

»A las once y media apareció el Conde de Romanones en la puerta de la escalerilla que conduce al ascensor.

»El Conde pareció recrearse en la ansiedad con que se esperaban sus palabras.

»Después de breve silencio, se expresó en los siguientes términos:

»—He dado cuenta al Rey de la situación política. Le hice saber que, aprobados los presupuestos y el Tratado con Francia, consideraba ya, como todo el mundo, que la Regia prerrogativa quedaba completamente libre.

»Por lo tanto, para que de hecho lo estuviera, ponía en sus manos, con la dimisión mía, la dimisión de todo el Gobierno.

»Claro es que al mismo tiempo expuse el hecho, bien notorio, de que la mayoría ha permanecido compacta, unida y decididamente al lado del nuevo Gobierno desde el día de la muerte del Sr. Canalejas, cada vez más llorado, hasta que las Cortes suspendieron sus sesiones, y que durante este período parlamentario, en que la labor de las Cortes ha sido fecunda, no se había suscitado ninguna discusión ni debate alguno de carácter político que hubiera demostrado el fracaso de la política liberal.

»Su Majestad me contestó que desde el momento en que la mayoría estaba unida y no habiendo surgido en el Parlamento aquellos debates que pudieran servir de orientación á un cambio de política, me ratificaba su confianza para que hiciera de ella el uso que tuviera por conveniente.

»Entonces yo rogué al Rey que me diera algún tiempo antes de contestarle definitivamente, pues me interesaba hacer unas consultas con mis amigos; porque si bien es cierto que todos los que componen la plana mayor del partido liberal me han prestado su concurso más decidido, podía caber la duda de que lo hacían sólo para que yo concluyera de legalizar la situación económica, concurso que desde ahora se referirá á una obra de gobierno más amplia.

»Por eso yo pienso hacer esta tarde las oportunas gestiones consultando á los ex Ministros, y antes de las cinco vendré á Palacio y comunicaré al Rey mi resolución definitiva.

»Claro que hago esto para ir más seguro, para mar-

char sobre terreno firme y para evitar todo equívoco en resolución tan importante como ésta.»

Al regresar después á su hotel, confirmó el Conde de Romanones que, á las dos y media, reuniría á todos los Ministros y ex Ministros, con objeto de darles cuenta de la conferencia con el Rey y de la conducta que habrá de seguir el partido liberal para realizar la labor que integraba su programa.

Al conocerse la solución de la crisis nadie se extrañó de ella, pues la generalidad de los políticos, al saber las impresiones del día anterior, tenían descontada la continuación de los liberales.

Sin embargo, despertó gran expectación la reunión magna de Ministros y ex Ministros del partido, anunciada para el día anterior, porque se suponía que en ella se plantearía la cuestión de la jefatura del partido liberal.

Los ex Ministros liberales.—El partido liberal, representado por sus hombres más importantes, se reunió en el domicilio del Conde de Romanones para tratar de la solución de la crisis.

Desde las dos y media de la tarde comenzaron á llegar al palacio de la Castellana coches y automóviles conduciendo á la plana mayor de los liberales.

Asistieron los Sres. Moret, Montero Ríos, Echegaray, Groizard, Eguilior, general Aznar, Rodríguez, Auñón, Calbetón, Gasset, Burell, Sánchez Román, Gimeno, Rodríguez de la Borbolla, Aguilera, Alvarado, Concas, Dávila, Conde de Sagasta, Suárez Inclán, Alonso Castriello, Salvador, Mellado, Gullón y Cortezo.

Además concurrieron todos los Ministros.

Dejaron de asistir por enfermos, pero se adhirieron á los acuerdos, los Sres. Cobián y Ruiz Valarino, y por ausentes, el general Weyler, Pidal y Rebollo y Marqueses del Muni y del Real Tesoro.

Entre presentes, representados y ausentes se contaron 38 personas.

El Conde de Romanones fué el primero que hizo uso de la palabra.

Dijo que, estimando necesario disipar las dudas y equívocos que pudieran manifestarse, había creído de su deber reunir á los hombres más eminentes del partido liberal, para que éste demostrase que se halla unido.

«La realidad—añadió—ha excedido á mis esperanzas, pues no creí que todos con tanta unanimidad acudieran á mi llamamiento.»

Acto continuo les dió las gracias por ello, y dijo que los reunía para darles cuenta de la entrevista que con el Rey había tenido esta mañana.

Al referir esta conferencia, el Conde de Romanones manifestó que había participado á S. M. que como algunos Ministros le notificaron su propósito de no continuar formando parte del Gobierno, y éste había venido á legalizar la situación económica y aprobar el Tratado franco-español, cumplido este deber, creía llegado el momento de presentar á S. M. la dimisión del Ministerio.

El Conde añadió, hablando con el Rey, que contaba con el apoyo decidido de la mayoría, como lo demostraba el hecho reiterado de otorgarle sus votos, no sólo en los presupuestos y el Tratado, sino en otros proyectos que fueron aprobados.

«Ese hecho—continuó el Conde—viene á afirmar de un modo terminante que en ningún momento se ha dividido la mayoría.

»Entonces S. M. contestó que no teniendo la Corona más órgano de la opinión que el Parlamento, á los mandatos de éste se sometía, interpretándolos en el sentido de ratificarme su confianza.

»Y he ahí por qué he llamado á todos, deseoso de oír su autorizada opinión, pues si no cuento con el apoyo de todos ustedes, declinaré el encargo de S. M. el Rey.»

Después de hablar el Jefe del Gobierno, hubo un verdadero pugilato entre los Sres. Montero Ríos y Moret,

cediéndose la palabra para contestar al Conde de Romanones.

Por fin, hizo primero uso de ella el Sr. Moret.

En frases elocuentes, el ilustre Presidente del Congreso habló de la necesidad de la más estrecha unión de los elementos liberales, mostrándose todos conformes en mantenerla á todo trance, prestando su concurso incondicional al Jefe del Gobierno, quien al ir á Palacio llevaba á todo el partido liberal.

A ruego del Sr. Moret, habló después el Sr. Montero Ríos, diciendo que sus amores se hallaban puestos en el partido liberal y seguía y seguiría siéndolo toda su vida.

Refirió, para demostrarlo, su historia y su disciplina, y dijo que todo el partido liberal estaba unido y conforme en apreciar lo inquebrantable de esta unión, encarnándola en la representación del Conde de Romanones como presidente del Consejo, y que el partido liberal debía seguir su tradicional política, sin aventurarse en novedades peligrosas.

El Sr. Gullón propuso, y así lo acordaron los reunidos, que se dejase al Conde de Romanones en completa libertad, dándole un voto de confianza para resolver la crisis y desarrollar el programa del partido.

El Marqués de Alhucemas habló para felicitarse del acto grandioso que celebraban los liberales y cuya consecuencia era afirmar más y más la unión de todos.

El Conde de Sagasta dijo que también había que felicitar al Rey, por haber dado lugar á que se realizara la solemnidad de aquel momento, viéndose juntos, después de siete años, á muchos que desde aquella época no habían tenido ocasión de congregarse para tan altos y patrióticos fines.

Los primeros en abandonar el domicilio del Conde de Romanones fueron los Sres. Moret y Alvarado. Ambos manifestaron, como después lo hicieron los demás, que la unanimidad había sido completa, como era de esperar.

—¿Hablaron ustedes de la jefatura de los liberales?— preguntó al Sr. Moret un repórter.

El Sr. Moret contestó: